

“La vigencia del ensayo tiene que ver con la permanente destrucción de dos estructuras que están dadas previamente al propio giro lingüístico del ensayo: el lenguaje y el objeto sobre el que se ensaya”.

Lenguaje, nación y ensayo

33

CARLOS OLIVA MENDOZA





E

El ensayo, como algunos autores que pernoctan fuera del canon nacional han sostenido, no es un género. En la furiosa especie que llamamos literatura existen géneros y subgéneros; el ensayo, en cambio, a penas es un borrador, una forma de la escritura desordenada o en crisis. Si se me apresura para hacer una definición, *es una radical intervención tecnológica de la memoria*, por esa razón, por su extremo trabajo de superficie a partir de la escritura, es que no puede reflejar mitologías, ni acaso crear imagologías de larga duración. Por el contrario, el ensayo produce objetos de consumo. De forma abyecta y rápida, pone al autor y al lector en un circuito de consumo, donde la escritura, en este caso la escritura como ensayo, se vuelve una mercancía y, como lo vemos en la mayoría de publicaciones donde se aloja este pseudo-género, produce un fetiche social. En esta esfera de circulación fetichista y mercantil, no hay diferencias sustanciales entre un ensayo publicado en Caras, en la revista de vuelo de Aeroméxico, en la revista de la UNAM o, incluso, en revistas de culto, pienso por ejemplo en Granta o en Sur.

Zanjado ese primer problema, podemos discutir más ligeros.

Esta forma de la escritura que niega constantemente toda estructura mitopoética, por esa razón no pueden considerarse ensayos puros obras como *La invención de América*, *Palinodia del polvo* o *La expresión americana*, ha desarrollado en México una deslumbrante estructura metareferencial: existen sendas antologías, encuentros y las revistas nacionales publican preferentemente

“ensayos” de todo tipo. Me pregunto, lo juro, sin maldad retórica, ¿por qué esta mercancía es tan exitosa?

La vigencia del ensayo tiene que ver con *la permanente destrucción de dos estructuras* que están dadas previamente al propio giro lingüístico del ensayo: *el lenguaje y el objeto sobre el que se ensaya*. Justo por esta razón, es que para que un ensayo se desarrolle tiene que recargarse primero y después patear una tradición lingüística. Si no existe esa tradición, si se encuentra desvinculada o si depende, como en nuestro país, de los *mass-media*, el ensayo será deficitario, porque no tiene un polo de enfrentamiento. No tiene, en rigor, un *demon* que destrozar. La segunda condición de su desarrollo es la materia o la cosa sobre la que se ensaya o a partir de la cual se ensaya. Al ser esta escritura una técnica de intervención artificial de la memoria, debe de presuponer el objeto que va a recordar, a tematizar y, en última instancia, por el movimiento de su escritura, a trivializar.

Por más que se diga que el ensayo trabaja sobre cualquier temática, lo cierto es que es identificable en una sociedad cuál es el polo central de referencia de un ensayo. En Latinoamérica y, especialmente en México, se sigue ensayando sobre esa mercancía que llamamos nación. Todos los otros temas, la muerte, la justicia, la literatura, la política, tienen como fondo un debate sobre la posible comunidad nacional. Obvio, la situación y actualidad del ensayo es ruinoso entre nosotros, porque el objeto, si es que aún existe ese objeto que llamamos nación, es un objeto decadente y miserable.

Todo lo anterior, no implica que no se hagan buenos ensayos, que no surjan formas de asolar tanto al objeto nacional como a la propia lengua; pero en *strictu sensu*, el ensayo vive hace algunos ayeres en una crisis de la que no puede salir sin la despedida de la idea de nación y sin el crecimiento comunitario de nuestra lengua.

¿Por qué entonces permanece como el género más escrito y leído entre nosotros? Exactamente porque le da nuevas formas de interpretación a la crisis, tematiza una infinidad de objetos, de pedazos del desmembramiento nacional, y nos da esa paz hedónica de los ilustrados: *hacer para mejor*.